

Maite Larrauri

“Una persona deprimida no puede trabajar en la enseñanza”

“Enseñar no es comunicar, ni informar, sino discurrir, dejar que el discurso fluya ante los oyentes para que sean ellos los que decidan en qué momento entra en la corriente del pensamiento”. Profesora de Filosofía de largo recorrido, Maite Larrauri trabaja en un centro de Secundaria, en el barrio valenciano de El Cabanyal, y es conocida por sus colaboraciones en la prensa y sus conferencias, siempre con una reflexión filosófica de fondo. Convencida de que esos temas enganchan a la gente, ahora está escribiendo unos libros singulares en los que aborda de forma sencilla algunos de los temas clave de sus filósofos preferidos.

RAFAEL MIRALLES LUCENA

Profesor y periodista. Universitat de València

Correo-e: rafael.miralles@uv.es

Fotografías de Tania Castro

¿Advierte muchas diferencias entre su alumnado actual y el que tuvo en sus primeros años de profesora?

Esa cuestión nos lleva a los tópicos acerca de si ahora saben más o menos que antes. Lo que no podemos negar es que lo que ha cambiado totalmente es la base social de los alumnos: no ver eso es cerrar los ojos a la realidad. Otra cosa fundamental que también ha cambiado es la familia.

¿A qué se refiere?

Las mujeres hemos acabado con la familia. Clarísimamente. Y somos las responsables de la desorganización social que se ha creado.

Explíquelo, por favor.

Antes las mujeres mantenían un núcleo familiar, refrendaban la autoridad del padre y sobre ellas recaía la función educadora. Había una especie de orden social, un tejido conectivo que mantenían las mujeres, que asignaban los puestos del padre, del hijo, de la hija. Cuando la madre ha disuelto ese núcleo todo ha saltado por los aires. El padre ya no sabe ser el padre, el hijo no sabe cuándo tiene que dejar de ser hijo para ser padre y la hija no sabe qué puñetas tiene que hacer en esta vida. Ahí están los hijos que martirizan a sus padres, que no salen de casa, que nunca asumen responsabilidades y que son adolescentes toda la vida, y las hijas que combinan una liberación tontorróna en las costumbres con un no saber qué hacer en esta vida ni lo que se espera

de ellas... Se ha roto ese tejido conectivo de un orden social patriarcal con el que nosotras hemos querido acabar.

*¿Hay alguien en este país que esté educando a su hija para que sea una buena madre de familia?
Nadie desea eso, en absoluto*

¿En plural?

No todas, pero lo cierto es que ese orden se ha acabado y ha sido para bien. Porque ¿hay alguien en este país que esté educando a su hija para que sea una buena madre de familia? Nadie desea eso, en absoluto. Al final, entre todos hemos contribuido a desintegrar el núcleo patriarcal.

Este nuevo escenario que describe, ¿cómo afecta a la educación?

En los centros educativos la ruptura se manifiesta en las conductas disruptivas de gente que no atiende, que no hace caso a nadie... La escuela tendría que ofrecer a estos jóvenes dos cosas básicas: un espacio donde estar —que no tienen en sus casas porque ya no son lo que eran, y en las que ya no está la madre que espera— y un espacio donde estudiar y aprender un cierto respeto a los adultos, a la palabra, a la racionalidad.

¿Puede contar cómo ha sido su última clase?

Ahora mismo estoy explicando Descartes, que dice que hay que tener fe en la razón. Trato de aprovechar las clases para enganchar a los alumnos a la filosofía con preguntas que no tienen una fácil respuesta. "¿Cómo podemos estar seguros de que nuestros razonamientos, que son evidentes, lógicos y nos convencen, son verdaderos?". Les he planteado la hipótesis de Mátrix, que es una película filosófica: "¿Y si sólo fuéramos mentes que han sido manipuladas previamente para que todos coincidiáramos en lo que es una verdad científica, y en realidad sólo estamos cambiando las condiciones de este planeta para que nos asalten unos seres que son más inteligentes que nosotros?" (se ríe).

Se habrán quedado descolocados

Sí, porque además es plausible.

Esa manera de enseñar, ¿debe mucho a su maestro Gilles Deleuze?

Es cierto que Deleuze me entusiasmó y me enseñó a establecer un contacto

Aquí muchos creen que antes de leer un texto ya saben lo que dice

con el texto, a llevarme sorpresas con un texto de filosofía, algo insólito en España. Aquí muchos creen que antes de leer un texto ya saben lo que dice. Como han estudiado a su autor se limitan a hacer una labor de reconocimiento...

Con la convicción de que el texto sólo dice una cosa, la misma cosa para todos.

Sí, sí, exacto. Claro, así nunca se pueden llevar sorpresas. La manera de leer de Deleuze no te aburre en la vida. Yo puedo estar leyendo un texto

que he leído mil veces y lo vuelvo a leer con interés porque de repente descubro algo que antes me había pasado inadvertido. "Anda, mira lo que dice esta frase".

Eso ocurre a veces cuando se releen libros subrayados...

Descartes, en la segunda parte del Discurso del método, dice algo así como: "podía haber probado otras, pero elegí esta profesión porque comprobé lo feliz que me hace la experiencia de conocer una nueva verdad". Yo había leído el texto pero este razonamiento me había pasado inadvertido hasta que lo leí el otro día en clase. Y me parece genial porque son justamente las condiciones de felicidad en las que lo sitúa la filosofía las que hacen que él elija la profesión.

Una profesión que usted ejerce desde hace treinta años.

Soy mucho mejor profesora ahora que cuando era joven. Antes era impaciente, quería enseñar lo que sabía, y la filosofía requiere tiempo. Tenía que darme prisa para que ellos aprendieran, como si me fuera en ello la vida. Ahora me he vuelto lenta, lo hago todo más pausadamente, leo más despacio, soy más paciente con los errores de mis alumnos. Antes, el tiempo en el que yo enseñaba y en el que ellos debían aprender era algo fijo.

¿Y ahora?

Ahora pienso que cada uno entra en el momento en el que tiene que entrar y tú eso no lo determinas. Puedes estar dando clase y ver que uno reacciona ante una cosa que has dicho porque ha captado algo. Ése ha entrado ahí en ese momento. Antes yo carecía del reposo y la tranquilidad para detectar esas cosas.

¿Cómo evalúa a sus alumnos?

Combino dos aspectos. El primer día les doy el aprobado advirtiéndoles de que ya lo tienen, pero que lo van a sudar. Mi nivel de expectativas frente a ellos no lo bajo nunca, siempre espero que lo hagan mejor, pero soy muy indulgente con sus errores. Si ellos

demuestran a lo largo del curso buena fe —que van a clase, que quieren entender, que quieren aprender— el 5 ya lo tienen y pueden obtener mejor calificación. Si no vienen a clase, no me presentan los trabajos o demuestran marcada mala fe dentro de clase porque no traen los libros, etcétera, entonces la nota va hacia abajo.

¿Está satisfecha con los resultados de esta estrategia?

El lunes les puse un examen y ayer se lo devolví con las notas y con las indicaciones de las cosas que han hecho mal. Les señalé a cada uno la pregunta que tenían que rehacer en sus casas y les di 24 horas para entregarme el ejercicio. Ayer me advirtieron, y era verdad, que hoy se iban de excursión. Les dije que me daba igual, que hoy a las 8 de la mañana antes de salir debían devolverme el examen grapado con la corrección. Y no ha habido ni uno solo que no me lo haya entregado.

¿No pusieron malas caras?

En ningún momento parpadearon, nadie quiso asesinarme, todos aceptaron que tenían que hacerlo. Eso es señal de que hay buen ambiente.

¿Introduce la reflexión sobre temas de actualidad?

En primero de Bachiller, en el primer trimestre hemos leído La Ilíada o el poema de la fuerza, de Simone Weil y hemos hablado de la guerra. Ahora estamos leyendo Las dos fuentes de la moral y de la religión, de Henri Bergson para hablar de las religiones. Al final leeremos De la historia a la acción, de Hannah Arendt y hablaremos de la acción política.

Tengo entendido que imparte clases en unos barracones.

Es cierto. El otro día estábamos leyendo un texto de Bergson dentro de un barracón de plástico en el que hemos de poner cubos para las goteras y el aire está viciado porque el espacio es pequeño y polvoriento. Pero a pesar de las condiciones horribles en las que trabajamos se produjo un silencio y un respeto hacia lo que estaban

estudiando que me resultó absolutamente conmovedor. Es casi un regalo trabajar así.

Parece que el problema de las infraestructuras educativas no lo solucionan las sucesivas reformas...

La LOE ha resuelto algunos problemas que tenía que resolver pero son peccata minuta, son sólo problemitas. Reconozco que tenía más expectativas, esperaba que este Gobierno volaría más alto en educación; que no mirara los cuatro detalles de ajuste de la LOGSE, si había que reducir o aumentar las horas de esto o de lo otro, si había que hacer exámenes en tercero de la ESO... Todo eso me da igual, son aspectos menores si se comparan con los grandísimos problemas que tenemos.

¿Cuáles son esos problemas para usted?

La enseñanza tendría que cumplir con una serie de funciones que no asumía antes y que ahora está en condiciones de poder abordar.

Soy mucho mejor profesora ahora que cuando era joven.

Antes era impaciente

y la filosofía requiere tiempo

¿Por ejemplo?

Por ejemplo los edificios de los colegios y los institutos tendrían que ser edificios bellísimos. ¿No es el Palau bellísimo? ¿No es la Ciutat de les Arts bellísima? Edificios preciosos, limpios, imaculados, sagrados, con espacios espectaculares, magníficos, porque ése tiene que ser un lugar vital para los alumnos. Los centros no tendrían que cerrar después de las clases porque son espacios públicos que el Estado debe poner a disposición de los jóvenes, futuros ciudadanos, que en sus casas carecen de medios, tranquilidad

y familia patriarcal que los acoja. Tendrían que estar abiertos de ocho de la mañana a ocho de la tarde, inclusive los sábados, y disponer de bibliotecas, mediatecas, lugares donde ver películas y oír música, gimnasios, instalaciones deportivas... La vida se podría articular en torno a todo eso, no haría falta que la organizaran las mamás, no habría que apuntar a las niñas a ballet ni a nada, estaríamos ofreciendo un servicio en el propio barrio, cerca de la gente. Puede que todo esto suene a utopía, pero lo que más me joroba es que no es una utopía. Eso es dinero, pero es posible.

¿Qué querría que supieran sus alumnos al finalizar el Bachillerato?

Me gustaría que fueran capaces de comprarse un libro de filosofía, de abrirlo y leerlo. Eso significaría que tendrían la suficiente competencia lingüística y de análisis, e interés y predisposición para hacerlo.

¿No puede haber filosofía sin libros?

Yo creo que no. Ése es el enfoque, desde mi punto de vista equivocado, de la llamada filosofía para niños.

Entonces, un maestro de Primaria, ¿no puede enseñar filosofía?

Para nada. Hombre, puedes enseñarles a razonar cosas, a hablar, a que expliquen sus problemas...

A eso me refería.

Sí, pero eso no es filosofía. Un profesor puede mostrar racionalidad en la relación con los demás y enseñar a su alumnado a introducir esa racionalidad; cualquier profesor puede mostrar que los conflictos se pueden resolver por una vía racional. En ese sentido está educando pero no está enseñando filosofía.

¿Y dónde está la frontera?

La frontera está en los textos. La filosofía es lo que la tradición ha escrito en libros que se conocen como libros de filosofía, lo que en una librería se encuentra bajo el epígrafe 'filosofía'. Todo pensamiento hecho a partir de

Discípula de Deleuze

Nacida en Valencia en 1950, Maite Larrauri estudió a saltos. Al acabar primer curso, cuando el franquismo agonizaba, se fue a trabajar y dejó la universidad a la que regresó más tarde "para hacer política". Fue tras aquel periodo de intensa militancia, cuando se entusiasmó con la filosofía.

El invierno de 1981 sintió que se estaban muriendo los filósofos franceses a los que admiraba y no se lo pensó. Dejó temporalmente sus clases y se marchó a París con lo puesto: "comía pan, mantequilla y poco más". En esos tres meses de precariedad asegura que aprendió todo lo que necesitaba saber para enfrentarse a la enseñanza de la filosofía. "Las clases de Gilles Deleuze fueron para mí una revelación. Aunque él no lo supiera, fue mi maestro. Daba clases en un aula repleta de gente con señoras mayores, jóvenes de instituto, profesores de filosofía, artistas y músicos que permanecían de pie o se sentaban en el suelo sin poder moverse. En ese ambiente Deleuze sacaba un papelito, lo ponía sobre la mesa y hacía que el texto interpelara a la gente. A través de las cuestiones que planteaba nos ofrecía una lectura apasionante a la que intentaba engancharnos; demostraba que la filosofía le entra a cualquiera desde cualquier sitio y que para entenderla no hay que saber lo de antes ni lo de después, porque a las cosas se entra por en medio. Aconsejaba que si empiezas a leer algo y a las dos páginas no te interesa lo que tienes que hacer es dejarlo, lo cual era un planteamiento revolucionario".

Maite Larrauri ha seleccionado a Deleuze y a otros filósofos que lleva en el corazón para explicar en cien páginas algún concepto clave de sus obras. Con esos textos trata que el lector pierda el miedo a una filosofía encerrada en academias. "Quiero demostrar que la filosofía no le interesa sólo al filósofo. Escribo para que la obra resulte fácil de leer, aunque sin hacer concesiones; sólo busco la simplicidad en los elementos sin alterar la esencia de los temas". La colección Filosofía para profanos, libros ilustrados genialmente por Max, un autor de cómics que aceptó el complicado reto de dibujar argumentos filosóficos, sigue obteniendo la favorable acogida de los lectores.

Libros de Maite Larrauri en la colección Filosofía para profanos (Tàndem edicions, València)

1. El deseo según Gilles Deleuze.
 2. La sexualidad según Michel Foucault.
 3. La libertad según Hannah Arendt.
 4. La guerra según Simone Weil.
 5. La felicidad según Spinoza.
 6. La potencia según Nietzsche.
 7. La amistad según Epicuro (en prensa).
- Todos los libros están también publicados en catalán.



los textos de filosofía es filosófico. Y para comprender la filosofía los alumnos han de ser un poco mayores.

¿Se puede hacer algo para que se hagan mayores?

Ese es un objetivo que ellos han de conseguir por cuenta propia. Para empezar, deberían escuchar al menos un telediario al día, estar en el mundo y creerse de verdad que son mayores. Si no hacen eso yo no puedo enseñarles filosofía. Y eso es imposible alcanzarlo con 14 años.

“En vez de educar en valores, hay que enseñar desde la libertad a crear valores”, escribe en uno de sus libros. ¿Qué opina de las reformas recientes que han afectado a la enseñanza de la filosofía?

En la escuela hay que enseñar valores, por supuesto, pero lo que me parece de locos es creer que uno sabrá cómo comportarse porque sepa repetir cómo hay que comportarse. “No matarás, no cometerás actos impuros. Hay que ser honrado y solidario...”. Es la misma historia de siempre, es otro

Deberían escuchar al menos un telediario al día, estar en el mundo y creerse de verdad que son mayores. Si no hacen eso yo no puedo enseñarles filosofía

catecismo. Ellos saben lo que está bien decir: estar en contra de la pena de muerte, no ser racista ni violento. Todo eso te lo repiten en clase y sin embargo son racistas, violentos e irracionales, no saben resolver un conflicto ni consigo mismo ni con los demás...

¿Se pueden enseñar esas cosas?

Eso sólo se enseña por la vía de la práctica, en ningún caso con una asignatura que pretenda enseñar valores, ciudadanía, moral, buenas costumbres o cómo comer en la mesa. No se puede hacer así. ¿Es que a alguien se le ocurre que se puede enseñar a usar el cuchillo y el tenedor sin estar en la mesa con el cuchillo y el tenedor, sólo describiendo teóricamente si hay que cortar la carne en este o en otro sentido?

Pero ha dicho que los valores sí deben enseñarse.

Por supuesto. Y aún digo más. Deberían ser objeto de una enseñanza específica, pero práctica. Habría que incorporar a los jóvenes a la ciudadanía dándoles alguna responsabilidad, tareas, cosas que hacer. Y que no obtuvieran el título de la ESO sin haber hecho un servicio social.

¿Un servicio social?

En los espacios colectivos tan maravillosos de los que he hablado antes, los alumnos, dependiendo de su edad, se ocuparían de labores de mantenimiento, aunque podrían colaborar con cualquier otra aportación a la sociedad al nivel que fuera. Se empezaría en Primaria con algo sencillo y acabaría en Bachillerato con un planteamiento mucho más serio.

Eso sí sería una auténtica novedad para el sistema educativo.

No tanto, porque ya está previsto en el Bachillerato internacional, que no se aprueba sin haber realizado un servicio social obligatorio.

¿Sabe cómo está organizado?

Conozco un poco una modalidad del servicio de "rescate en acantilados" que se realiza en Gran Bretaña.

Durante el primer año los estudiantes hacen prácticas y en segundo hay escuelas que son auténticos puestos de vigilancia de acantilados. Cuando suena la sirena por una emergencia, aunque sean las dos de la madrugada y estén en pijama, tienen que ponerse las botas y salir zumbando. Las tareas que hacen en ese servicio social, y que también se pueden realizar en hospitales o en escuelas, los hace increíblemente responsables.

¿Qué haría falta para implantar aquí un servicio social como ese?

Preparar monitores, organizar actividades, establecer conciertos con hospitales... Yo sacaría a la gente a cuidar los jardines, a limpiar las paredes o incluso a vaciar las papeleras. Pero no como castigo, sino como un servicio ciudadano voluntario por el que uno devuelve a la sociedad algo de lo que ha recibido de ella. En Cataluña ya se les ha ocurrido que algunos alumnos de Bachillerato puedan tutelar en determinadas tareas a los más pequeños. Lo están haciendo incluso dándoles un pequeño sueldo, lo que tampoco me parece mal. No es un servicio social, pero los resultados parece que son muy buenos y los estudiantes reconocen que han aprendido mucho mientras enseñaban. Estas actividades de implicación social y ciudadana, eso de que de arriba abajo siempre se ayuda –los mayores de un colegio a los pequeños, los mayores del barrio a los más jóvenes...– los ingleses lo han sabido canalizar muy bien. Y eso vuelve a ser dinero.

¿Cómo ve al profesorado en general?

Los profesores parecen derrotados socialmente y eso es horroroso para los alumnos, que deberían verlos como triunfadores, como personas a las que les han ido bien las cosas, no como a vencidos que han tenido que plegarse a exigencias no deseadas. La sociedad tendría que hacer reconocimientos públicos a los mejores profesores, con medallas y premios en metálico, si es preciso, lo que fuera, y los

medios de comunicación tendrían que reflejarlo. Eso supondría, sin duda, una atracción para los alumnos.

¿Qué se puede hacer con los que se sienten quemados?

Una persona deprimida no puede estar en la enseñanza. Es un espectáculo indigno porque no convences a nadie, no mantienes ese vínculo de eros y de atracción sobre los alumnos, no puedes hacer tu trabajo. Dicho esto, enseñar en los niveles obligatorios es tan duro y te pone tan a prueba psicológicamente que los años de descanso tendrían que ser obligatorios. Cada equis años un profesor debería parar un año a cambio de nada.

¿Para hacer qué?

Si es un buen profesor estudiará chino, arameo o lo que sea y seguro que lo que aprenda lo revertirá luego en sus clases. ¿Es verdad o no? Cuanto más sabes más cosas cuentas en tus clases. Si viajas, luego contarás tus viajes y resultará atractivo. Si sólo descansas, estarás de mejor humor. Pero eso también es dinero.

Con el conocimiento y la perspectiva que le da haber trabajado un tiempo como asesora en el Centro de Profesores de Valencia, ¿qué puede decir de la formación de los enseñantes?

La formación del profesorado es un desacato mayúsculo porque para conseguir que alguien sea profesor lo primero que habría que hacer en las oposiciones es no examinarles de conocimientos porque ya son licenciados que se han sacado una carrera. Tampoco entiendo que se les examine de aspectos didácticos teóricos, que ya es el colmo, como lo de los valores. Puede que no sepan cómo tienen que ser los profesores pero sí saben lo que han de decir que es un buen profesor. No saben serlo pero sí saben decirlo.

¿Cómo les examinaría usted?

Al que aspire a ser profesor le haría una sencilla prueba de comunicación. Le diría: "¿Le gusta viajar? Pues cuéntenos el viaje más estupendo que haya hecho, póngale principio y fin a

esa historia y convénzanos de que fue estupendo". Serviría cualquier cosa, el tema es lo de menos, pero si es incapaz de ponerse delante de la gente, de mirar a la cara a las personas, de hacer incisos o plantear preguntas, ése no sirve para profesor.

Habría que incorporar a los jóvenes a la ciudadanía. Y que no obtuvieran el título de la ESO sin haber hecho un servicio social

¿Esa prueba sería suficiente?

Después cogería a los mejores profesores mayores de 55 años, los que acumulan más experiencia, para que dedicaran una parte de su trabajo a ser tutores de tres o cuatro profesores noveles a los que la Administración les haría un contrato de formación a cambio de que estuvieran pegados a él como una lapa durante un año, clase tras clase y en todas sus tareas docentes. El tutor discutiría con ellos y juntos revisarían los métodos y las estrategias. En algunos momentos los jóvenes también tendrían que desarrollar alguna clase. Ahí es donde se vería si en realidad valen para la enseñanza.

Hace poco estuvo en un programa televisivo presentando su último libro. ¿Cómo le vieron sus alumnos?

En realidad sintieron que habían sido ellos los que habían salido en la televisión y no es que no me aprecien a mí, sino que se aprecian más a sí mismos porque piensan que sus clases son estupendas: "En estos barracones de mierda tenemos una profesora que sale en la tele y dice lo mismo que nos dice a nosotros en clase". Para ellos es una confirmación social de que las clases a las que asisten valen la pena. Y el reconocimiento en esas cosas tiene mucho valor.